

de nombre, que vergüenza, Dios mío!... ¡ qué ignominia! Pero esto no es lo peor... Si su padre ha cumplido su horrible promesa... ¡ Ah! ¿ qué ha hecho de mi hijo? ¿ por qué me lo ha robado?

— Ese misterio es la tumba de mi espíritu — dijo Rodolfo con aire pensativo. — ¿ Con qué fin os ha robado ese miserable vuestro hijo hace quince años, cuando quiso marcharse al extranjero, según me habéis dicho? Un niño de aquella edad no podía menos de embarazar su huida.

— ¡ Ah, señor Rodolfo! cuando mi *marido* (la infeliz se estremeció al pronunciar esta palabra), después que lo arrestaron en la frontera, fué conducido á París y puesto en la cárcel, en donde se me ha permitido hablarle, me dijo con horrible énfasis: « Me he llevado á tu hijo porque le amas, y porque es un medio de obligarte á que me envíes dinero, del cual disfrutará conmigo... ó del cual no disfrutará... esa es cuenta mía... Que viva ó que muera poco le importa... pero si vive, pierde cuidado que yo le pondré en buen lugar... sufrirás la ignominia del hijo como has sufrido la ignominia del padre. » ¡ Ah! un mes después mi marido fué condenado á presidio perpetuo... Desde entonces nada he podido saber de la suerte de mi hijo á pesar de mis ruegos y de mis cartas. ¡ Ah, señor Rodolfo! ¿ en dónde está mi hijo? Aun oigo aquellas horribles palabras: « ¡ Sufrirás la ignominia del hijo como has sufrido la del padre! »

— Pero eso sería una atrocidad inexplicable; ¿ á qué fin iniciar en el vicio y la corrupción á un niño inocente? pero sobre todo ¿ á qué fin robároslo?

— Ya os lo he dicho, señor Rodolfo; para obligarme á enviarle dinero, pues aunque me había arruinado, me quedaban todavía algunos recursos que he agotado de este modo. Á pesar de su perversidad no podía creer que dejase de consagrar una parte del dinero á la educación del desgraciado niño...

— ¿ No tenía vuestro hijo alguna señal, algún indicio por el cual pudiera ser conocido?

— Ninguna, señor Rodolfo, excepto la que os he dicho: un *agnusdei* grabado en lapislázuli, colgado al cuello con una cadenita de plata. Esta reliquia la había bendecido el Santo Padre.

— Vamos, valor, señora Adela. Dios es omnipotente.

— Sí, señor Rodolfo: sólo á su providencia debo vuestro socorro.

— Pero ha sido demasiado tarde, mi querida señora. Muchos años de aciaga pesadumbre os hubiera evitado, si...

— ¡ Ah, señor Rodolfo! ¿ no me habéis colmado de beneficios?

— ¿ En qué? He comprado esta quinta. En vuestra prosperidad erais hacendosa por recreo, y hacíais valer vuestros bienes: habéis consentido en servirme aquí de directora, y gracias á vuestros desvelos y actividad, este establecimiento produce...

— ¿ Os produce, monseñor? — dijo madama Adela interrumpiendo á

Rodolfo: — las rentas no sólo se emplean casi enteramente en mejorar la suerte de los labradores, que tienen por un gran favor el entrar en esta quinta modelo, sino también en socorrer á muchos desgraciados del distrito, por la mediación de nuestro virtuoso párroco el señor Laporte.

— Ya que habláis de ese buen cura — interrumpió Rodolfo para evitar las alabanzas de la señora Adela — ¿ habéis tenido la bondad de noticiarme mi llegada? Quisiera recomendarle mi protegida... ¿ Ha recibido mi carta?

— El señor Murph se la ha llevado esta mañana.

— En esa carta refería en pocas palabras á nuestro buen párroco la historia de esa niña: y aunque no estaba seguro de poder venir hoy, Murph os hubiera traído á Flor de María.

Un criado de la quinta entró en el jardín é interrumpió este diálogo.

— Señora, el señor abad os espera.

— ¿ Ha llegado la silla de posta, hijo mío? — dijo Rodolfo.

— Sí, señor Rodolfo; están enganchando.

Y el criado salió del jardín.

La señora Adela, el cura y los habitantes de la quinta sólo conocían al protector de Flor de María por el nombre de Rodolfo. La discreción de Murph era imperturbable, pues ponía tanto cuidado en *monseñorear* á Rodolfo en su conversación privada con él, como en llamarle simplemente *Señor Rodolfo* cuando le hablaba delante de otras personas.

— Se me había olvidado decir, señora — dijo Rodolfo marchando hacia la casa — que María tiene el pecho malo según creo; las privaciones y la miseria han alterado su salud. Esta mañana he notado su palidez, á pesar de que sus mejillas estaban muy encendidas, y me pareció que sus ojos tenían un brillo algo febril... Necesita mucho cuidado.

— Contad con mis desvelos, señor Rodolfo. Pero no será cosa de peligro si Dios quiere. Á su edad, en el campo, respirando el aire libre, con reposo y felicidad, pronto recobrará la salud perdida.

— Así lo espero; pero sin embargo no me fio en vuestros médicos de aldea: diré á Murph que os traiga mi médico, que es un doctor negro muy hábil, y os dirá el método que debéis seguir con María... Más adelante, cuando su espíritu esté tranquilo, pensaremos en su porvenir... Acaso convendrá más que permanezca á vuestro lado si estáis contenta con ella.

— Ese es mi deseo, señor Rodolfo... ocupará el lugar del hijo cuya pérdida lloro noche y día.

— En fin, esperemos que Dios no os desamparará á vos ni á ella.

Cuando Rodolfo y la señora Adela estaban ya cerca de la casa, se incorporaron con ellos Murph y María.

El buen caballero dejó el brazo de la Cantaora, y dijo con visible emoción al oído de Rodolfo :

— Esta criatura me ha embrujado : no sé si me interesa más que la señora Adela... He sido un salvaje, una bestia brava.

— Ya sabía yo que habías de hacer justicia á mi protegida, amigo Murph — dijo Rodolfo apretando la mano del hidalgo. La señora Adela apoyada en el brazo de Maria, entró en la sala del piso bajo, en donde se hallaba el párroco Laporte.

Murph se fué á preparar lo necesario para el regreso suyo y de Rodolfo, y la señora Adela, Maria, Rodolfo y el cura quedaron solos.

Los muebles y paredes de este aposento, sencillo, pero cómodo y abrigado, estaban cubiertos de tela persiana como el resto de la casa y según había dicho Rodolfo á la Cantaora. Cubría su piso una alfombra fuerte y bien tejida, el fuego de chimenea daba un calor agradable, y dos hermosos ramilletes de flores puestos en vasos de cristal llenaban el aire de un olor balsánico y suave. Por las persianas verdes entreabiertas se veía el prado y riachuelo, y más á lo lejos el frondoso soto de castaños.

El cura estaba sentado junto á la chimenea : tenía ochenta años, y servía aquella pobre parroquia desde los últimos días de la revolución.

Nada más venerable que su fisonomía senil, descarnada y melancólica ; su largo cabello blanco caía sobre el cuello de una sotana negra remendada en varias partes. El buen cura decía que era más decente en su ministerio el llevar una misma sotana dos ó tres años y vestir á dos ó tres niños pobres con buen paño, que andar siempre de nuevo y tener muchos feligreses desabrigados. Como era tan viejo, le temblaban las manos sin cesar, y cuando las levantaba para accionar en la conversación, parecía que estaba echando bendiciones.

— Señor abad — dijo respetuosamente Rodolfo — la señora Adela quiere encargarse de esta niña, á quien os suplico dispenséis vuestra bondad.

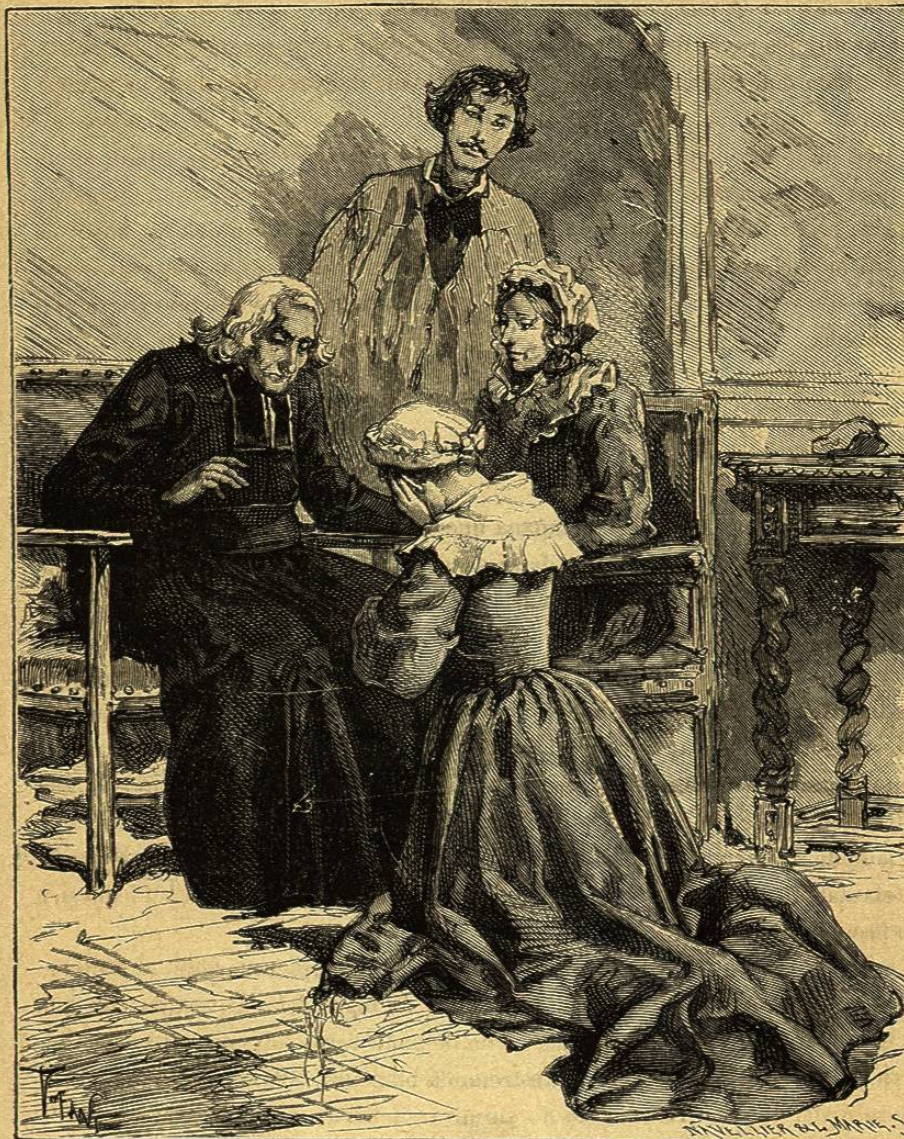
— Tiene derecho á ella, buen señor, como todos los que vienen á nosotros... La clemencia de Dios es inagotable, hija mía... os lo ha probado con no abandonaros... en trances bien dolorosos... Todo lo sé... — Y cogió una mano de Maria con sus manos trémulas y venerables. — El hombre generoso que os ha salvado realizó esta sentencia de la Escritura : « El Señor está cerca de los que le invocan ; llenará los deseos de los que le temen ; escuchará su clamor y los salvará. » Ahora haceos digna de su bondad con vuestra conducta : me hallaréis siempre dispuesto á animaros y sosteneros en la buena senda por qué habéis entrado. Tendréis en la señora Adela un buen ejemplo diario y constante... en mí un consejero diligente. El Altísimo concluirá la obra.

— Y yo le pediré por los que han tenido compasión de mí y me han traído á su santa ley, padre mio. — dijo la Cantaora cayendo de rodillas delante del sacerdote.

La emoción que sentía era demasiado viva : la ahogaban los sollozos.

La señora Adela, Rodolfo y el sacerdote sintieron también una profunda y religiosa emoción.

— Alzaos, querida hija mia — dijo el cura : — pronto mereceréis... la abso-



Y yo le pediré por los que han tenido compasión de mí...

lución de las grandes culpas de que habéis sido más bien victima que culpable ; porque, según las palabras del profeta : « El Señor sostiene á los que están para caer, y levanta á los que han caído. »

Murph abrió en aquel momento la puerta de la sala.

— Adiós, padre mío... adiós, señora Adela... os recomiendo vuestra hija... nuestra hija más bien. Adiós, María : pronto volveré á veros.

El venerable párroco apoyado en los brazos de la señora Adela y de la Cantaora, salió de la sala para ver partir á Rodolfo.

Los últimos rayos del sol iluminaban aquel grupo interesante y melancólico.

Un sacerdote anciano, símbolo de la caridad, del perdón y de la esperanza eterna...

Una mujer que ha sufrido todas las amarguras que pueden afligir á una esposa y á una madre...

Una joven que sale apenas de la infancia, sumida pocos momentos antes en el abismo del vicio por la miseria y por la seducción de infames criminales...

Rodolfo subió al carruaje, Murph se sentó á su lado, y los caballos partieron al galope.

XIV

LA CITA

Á las doce en punto de la mañana que siguió al día en que Rodolfo había confiado la Cantaora al cuidado de la señora Adela, se hallaba aquel en traje de jornalero, abrigado á la puerta de la taberna llamada el *Canastillo Florido*, no lejos de la barrera de Bercy.

Á las diez de la noche del día anterior el Churiador había concurrido puntualmente á la cita dada por Rodolfo, cuyo resultado veremos más adelante. Era, pues, mediodía y el agua caía á torrentes. El Sena había crecido tanto con las lluvias casi continuas, que llegaba á una altura extraordinaria é inundaba una parte del muelle. Rodolfo miraba de cuando en cuando con impaciencia hacia el lado de la barrera; por último descubrió á un hombre y una mujer que se adelantaban cubiertos con un paraguas, y reconoció á la Lechuza y al Maestro de Escuela.

Estos dos personajes se habían transformado completamente : el bandido había depuesto su aire de brutal ferocidad, y en lugar del mal vestido con que le había visto Rodolfo, llevaba una levita de paño verde, un sombrero redondo, y su y corbata camisa eran de una estremada blancura. Sin la espantosa fealdad de su rostro y el horrible fuego de su mirar incierto, cualquiera habría visto en él un hombre pacífico y honrado.

La tuerta llevaba en lugar de sus asquerosos trapajos una toca blanca, un gran chal de felpa de seda, y tenía en el brazo un canastillo.

Cesó la lluvia por un momento, y venciendo Rodolfo el horror que le causaba la espantosa pareja, se adelantó hacia ella. El Maestro de Escuela había

sustituido al calor de la taberna un lenguaje casi cortesano, que anunciaba un talento cultivado y hacía un extraño contraste con sus inclinaciones sanguinarias. Luego que Rodolfo se aproximó, le saludó el bandido con una inclinación, y la Lechuza hizo también su reverencia.

— Caballero... vuestro servidor... — dijo el Maestro de Escuela. — Os ofrezco mi respeto, y me alegro de conoceros... ó más bien de volver á veros... porque anteayer os habéis introducido en mi gracia con unos puñetazos que podrían aturdir á un elefante... Pero no hablemos de esto ahora : ha sido una broma de vuestra parte... estoy seguro... una pura broma. Dejemos á un lado ese extraño lance, porque hoy nos reunen graves intereses... Á las once de la noche anterior he visto en la taberna al Churiador, y le dije que saliese esta mañana á este mismo sitio si quería ser nuestro... colaborador; mas parece que se niega absolutamente.

— ¿ Y vos aceptáis?

— Si gustáis, señor... ¿ cuál es vuestro nombre?

— Rodolfo.

— Señor Rodolfo... entraremos, si gustáis, en el *Canastillo Florido*, porque ni la señora ni yo nos hemos desayunado todavía... Hablaremos con calma de nuestros negocios y al mismo tiempo echaremos un trago.

— Con mucho gusto.

Por el camino podemos ir hablando. Vos y el Churiador nos debéis sin disputa una indemnización á mi mujer y á mí... nos habéis hecho perder más de 2,000 francos. La Lechuza tenía que avistarse cerca de San Ouen con un caballero alto y enlutado que preguntó por vos en el Conejo Blanco, y había ofrecido 2,000 francos por haceros no sé qué servicio... El Churiador me ha explicado después todo ese negocio... Pero vamos pensando en el almuerzo, querida : — dijo el bandido volviéndose á la Lechuza — adelántate y pide unas costillas, ternera asada, una ensalada y dos botellas de Burdeos de primera : luego llegaremos los dos.

La Lechuza, que no había apartado un momento la vista de Rodolfo, se alejó después de haber dirigido una mirada al Maestro de Escuela. Este continuó :

— Decía pues, señor Rodolfo, que el Churiador me había puesto al corriente sobre esa proposición de los dos mil francos.

— No os comprendo.

— Quiero decir, que el Churiador me ha informado poco más ó menos de lo que el señor enlutado pretendía que se os hiciese por sus dos mil francos.

— Bueno, ¿ y qué?

— No tan bueno como os parece; porque habiendo encontrado ayer por la mañana el Churiador á la Lechuza cerca de San Ouen, no se separó de ella un solo momento hasta que vió llegar al señor alto enlutado; por manera que éste